

No. 10 - Agosto 1950



REVISTA INFANTIL NACIONAL

EL PRINCIPIO

Rabindranath Tagore

¿De dónde venía yo cuando tú me encontraste?, preguntó el niño a su madre.

Ella, riendo y llorando, le respondió apretándolo contra su pecho: Tú estabas en mi corazón, como su ansia, amor mío. Estabas con las muñecas de juguete de mi infancia. Estabas en todas mis esperanzas y en todos mis cariños. Cuando yo era una muchacha y mi corazón abría sus hojas, tú flotabas en fragancia a mi alrededor. Tu tierna suavidad floreció antes en mis carnes juveniles, como el color en el oriente antes de salir el sol. Primer amor del cielo, hermano gemelo de la luz del alba, bajaste al mundo en el río de la vida y al fin te paraste en mi corazón...

¡Qué embeleso me sobrecoge al mirarte a tí, que siéndolo todo te has hecho mío; y qué miedo de perderte! ¡Así, bien apretado contra mi pecho! ¡Ay, qué poder mágico ha enredado el tesoro del mundo a mis débiles brazos?



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

MARIA CRISTINA MARTINEZ

EMMA MORALES

Heredia — Costa Rica

Sumario:

El Principio	1
El Niño que tiene una Espada ..	2
Ilse, La Bella Reina Muda	3
Romance De la Niña Que Pide	8
La Madre y el Niño	9
Tío Conejo y Tía Boa	10
La Pájara Pinta y sus pichoncitos	12
Los Niños Hablan	13
Meciendo	14

Agosto 1950

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 10

Dibujos a pluma: Juan Ml. Sánchez.

¢ 0.20

EL NIÑO QUE TIENE UNA ESPADA

Hortensia Margarita Raffo

El niño que tiene una espada
busca a la niña que tiene un dedal.
El niño que tiene un palacio
busca a la niña que riega un rosal.
El niño que tiene un corcel
busca a la niña de azul delantal.
Busca a la niña que tenga diez vacas,
que amase las tortas,
que cuide el panal,
que tenga un dedal,
que riegue un rosal,
que tenga un azul delantal.

El niño ha encontrado a la niña
con una muñeca cerca de un nogal.
¡Lloraba la pobre niña, lloraba
porque un duende malo le robó el dedal!

No llore, mi niña preciosa,
que ahora mismo el niño le traerá el dedal.

¡Ya parte en su brioso corcel,
ya atraviesa el río,
ya cruza el maizal,
ya vuelve mi niño
trayendo el dedal!



ILSE, LA BELLA REINA MUDA

Había una vez un matrimonio de pobres leñadores, que vivía lejos, muy lejos, en medio de un tupido bosque, tan distante de todo, que aquello parecía el fin del mundo. Mucho había que andar desde la última aldea para llegar hasta ellos, y el viejo cura sólo lo hacía muy rara vez.

Un día, a la hora precisa en que todo en el bosque se reviste de nueva vida y los elfos bailan en los claros, en que los duendecillos juegan con las flechas de oro de los rayos del sol, y canta la voz del **Stromkarl** en el murmullo de las fuentes, se notó un movimiento inusitado en la casilla de los leñadores. El hombre iba y venía, el perro corría dando saltos, y hasta el humo espeso y azulado que salía por la chimenea parecía indicar que también el fuego tomaba parte en el acontecimiento. En breve los elfos, los lutines y hasta el **Stromkarl**, supieron que en la pobre choza del leñador y de la leñadora acababa de nacer una niñita.

En medio de la dicha de ese día, había, sin embargo, algo que preocupaba a la pobre gente, turbando su alegría. Tenían tan pocos recursos que les era difícil hacer venir al sacerdote de la aldea para bautizar a la criatura, y como eran piadosos cristianos esto les cau-

saba gran aflicción. Pasó algún tiempo, y un día en que el desdichado padre volvía del bosque con el hacha al hombro, al entrar a su casa se detuvo a contemplar la imagen de la Virgen, que en un nicho en la pared presidía el hogar. Y tuvo el presentimiento de que por fin la Virgen se apiadaría de ellos y les enviaría a alguien que diera nombre a su hija y pagara los gastos del bautismo. Acababa de ocurrir esto, cuando sintió un ruido de ramas secas separadas como para dar paso a alguien y suaves pisadas sobre la hojarasca. Fué hacia el sitio de donde llegaba el rumor, y con sorpresa vió venir hacia él a una joven dama de manto azul, coronada como la imagen de la Virgen que estaba en el nicho; y era tan bella que el pobre hombre comprendió a cuán inexpresable encanto puede alcanzar un rostro de mujer.

La dama inclinó con gracia la cabeza, sonriendo amablemente, y el leñador al ver sus nobles modales no dudó que fuera una princesa, quizá enviada por la Virgen para socorrerlos a él y a su santa mujer, apiadada de la extrema penuria en que se encontraban.

La bella señora, enterada del asunto, aceptó hacer bautizar a la niña y se ofreció como madrina, pero puso la expresa condición de que una vez bautizada se la entregarían. Deseaba llevarla a su país, donde sería educada para, pasados los años, ocupar una elevada posición.

A pesar de que el leñador estaba pronto a sacrificar su ternura por el porvenir de su hija, encontró muy rigurosa la condición impuesta por la señora, y no quiso decir nada sin consultar a su esposa. Saludó a la dama y se retiró. La mujer del leñador notó en seguida su preocupación e inquirió la causa de ello; el hombre la enteró entonces del encuentro que había tenido y la condición que se imponía al bautismo de la criatura.

Al oír esto la mujer empezó a gemir, llorando y apretando a la niña contra el pecho con tal desesperación, que el hombre, conmovido, decidió no hablar más del asunto. Pero ella era tan piadosa y deseaba tanto hacer una cristiana de su hija, que, al día siguiente, pidió nuevamente al hombre que tratara de encontrar algún alma piadosa que diera nombre a la criatura y corriera con los gastos de la misa. Los elfos, los lutines y el *Stromkarl*, que bajo los rayos del sol jugaban en el bosque, deslizándose bajo las ramas, saltando sobre el musgo, o escondiéndose en el hueco de las encinas, reían para sí, al verlo en tal situación; pero el leñador había prometido buscar, y buscaba.

Lo triste era que en ese solitario bosque, en los confines de una comarca abandonada, eran pocas las probabilidades de ver a nadie. Se aprestaba tristemente el leñador a volver a su casa, el hacha sobre el hombro, cuando encontró nuevamente a la bella dama de la preciosa diadema y el manto celeste, que le hablara la víspera; y, como la primera vez, se dirigió a él con suavidad y cortesía. Volvió éste al hogar con el corazón desgarrado y contó todo a su mujer.

Esta pasó parte de la noche llorando y gimiendo, pero era tan piadosa y deseaba tanto que su hija fuera bautizada, que dijo a su marido que por cruel que fuera la condición impuesta por la dama estaba dispuesta a someterse a ella, si no llegaba nadie que pudiera socorrerlos.

Al tercer día volvió el leñador a tratar de encontrar alguna alma compasiva que lo ayudara en lo que tanto ansiaban, pero fué en vano. Entonces, con la muerte en el alma, se dirigió hacia el lado donde sabía que encontraría a la dama.

Esta, al tener el consentimiento de los padres, se apresuró a preparar la ceremonia. Le bastó hacer un gesto con su varita, para que, como por encanto, la choza se iluminara con velitas multicolores y el anciano cura fuera encontrado por casualidad en el camino. Y como faltaran los monaguillos, la dama ordenó a los elfos levantar un pequeño altar florecido de tilos y mejoranas. Los lutines presentaron la sal en el hueco de una cáscara de nuez, y fué el **Stromkarl** quien proveyó agua de la fuente para rociar al infante. Cuando, llegado el momento, preguntó el sacerdote a la dama el nombre que se daría a la niña, contestó ésta:

—Se llamará Ilse. Y la adopto por hija.

Terminada la ceremonia, el cura desapareció como tragado por las nubes; no se vieron más velas y, mientras la choza volvía a su triste pobreza, el leñador y la leñadora percibieron a través de las ramas, en el fondo del bosque, a la bella dama, coronada de oro y vestida de azul, que se alejaba cobijando a la niña con su manto.

Habían pasado quince o dieciséis años desde el día del bautismo. Ilse se había convertido en una joven encantadora y amable, cuyas dulces maneras y excelente corazón eran motivo de satisfacción para la dama, su madrina. Pero llegó un día en que ésta deseó poner a prueba la discreción, el respeto y la sumisión de la muchacha. Anunció, pues, a su ahijada, que se preparaba a partir para un largo viaje.

—Antes de dejaros— le dijo—, deseo expresaros que sois aquí el ama y que tenéis el derecho de ocupar y ver toda la casa, excepto, sin embargo, las tres piezas que dan al Norte y de las que os pido no abráis jamás las puertas.

Y luego de haberla conducido frente a ellas revistióse con aquel manto celeste que parecía hilado con cabellos de un ángel, besó a Ilse en la frente y partió con su paso alado en dirección al bosque.

Apenas viera Ilse los pliegues de la capa de su madrina perderse en el recodo del camino para confundirse con el azul del cielo y el verde de las hojas, escuchó, en el silencio del castillo, la voz de la tentación que golpeaba a su corazón. Y sus pies, deslizándose por tapices y mármoles, la llevaron a la puerta de uno de los cuartos prohibidos. Era la más cercana al Norte, la primera por lo tanto. Ilse hubiera deseado resistir. Pero su mano siguió el ejemplo de los tirones, y fué vencida por la tentación. Abrió la puerta y —¡fffft!—,

con rumor de hojas que lleva el viento, una estrella escapó, para fijarse como un punto de oro, allí, en lo más alto del cielo, sobre el terciopelo oscuro de la noche.

Al volver la madre adoptiva de Ilse, lo primero que vió fué la estrella, que sobre el palacio, y a una altura prodigiosa, resplandecía como nunca. Se dirigió al cuarto y al comprobar que había sido abierto no pudo dominar su indignación. Dirigió a Ilse amargos reproches y, a pesar de las lágrimas de arrepentimiento de ésta, la amenazó con echarla. Pero por fin se dejó conmover por el dolor de la joven y confiando en que se corregiría, la perdonó.

Pasado algún tiempo, y aunque con cierto temor, la madrina creyó deber someter a Ilse a una nueva prueba. Y anunció a la joven que partiría, recordándole la prohibición respecto a las dos puertas que continuaban cerradas.

Ilse prometió, como lo hiciera antes, y la tentación pudo más que su voluntad por segunda vez; así que, en cuanto el manto azul dejó de ser visible en el camino, corrió escaleras arriba y sin tomar aliento, precipitada por la curiosidad, abrió otra de las puertas prohibidas. Y —¡pfft!—, con batir de alas, escapó la luna, dejando tras sí una estela de plata. Entre tanto, había caído la noche, e Ilse pudo ver, destacándose sobre el oscuro terciopelo de la noche, el disco del astro, tan alto que la mirada apenas llegaba a divisarlo.

Antes de la medianoche llegaba a su hogar la madrina de Ilse. Y vió en el punto más elevado del cenit, sobre la casa, el astro de plata, resplandeciendo muy lejos, a una distancia fabulosa. Comprendió que la niña había vuelto a faltar a su promesa, y al encontrarla, su cólera estalló violentísima; y a pesar de las amargas lágrimas de Ilse y de su humilde actitud, quiso arrojarla de su presencia. Pero, como no hay astucia a la que no recurra una mujer culpable, la joven se defendió tanto y con tan buenas razones, que su madrina acabó por perdonarla, pensando, sin embargo, que si llegaba a someter a Ilse a una nueva prueba, sería ésta la decisiva.

Y a los pocos días anunció a la joven que debía ausentarse, y aprovechando la primera luz del día se separó de ella, encargándola de la casa y recordándole que no debía entreabrir la puerta del tercer cuarto. Ilse prometió cuanto quiso su madrina, pero apenas las ramas de los árboles del bosque amortiguaron el brillo de la leve corona que adornaba el cabello de su madre adoptiva, se sintió sola y aburrida, y se dirigió al tercer cuarto, al costado Norte de la casa.

Una vez allí hizo vanos esfuerzos para resistir a la tentación que, cada vez más imperiosa, terminó por vencerla. Puso la mano en el picaporte y suavemente, muy suavemente, entreabrió la puerta... —¡ffrst!—, con el ruido de una flecha disparada, el sol escapó, dejando tras sí un reguero de oro resplandeciente que casi la cegó.

Y escapó con tal rapidez que la buena madrina vió, aun antes de llegar a la casa, al astro incandescente alumbrando al mundo. Su

admirable órbita, deslumbrante, abarcaba todo el cielo por encima de la residencia, y la pálida columna de humo que salía de la chimenea parecía ser una cinta azul con la que Ilse tratara de sujetar al globo fugitivo. Pero éste estaba ya en lo alto, dejando bien atrás la frágil atadura. Ilse comprendió por fin la enormidad de su falta y lloró tanto y tanto que su madrina, al acercársele, la encontró moribunda. Pero esta vez de nada valieron sus gemidos y sus lágrimas.

—Creo en vuestro arrepentimiento— dijo la dama—, pero no tengo poder para libraros del castigo que habéis merecido. Lo único que puedo hacer, para que sea menos penoso, es daros a elegir: ser la más bella del mundo y estar privada de la palabra, o poder hablar y ser la más fea. Por lo demás, y cualquiera que sea vuestra decisión, os abandonaré.

Secó la joven sus lágrimas y se quedó pensativa, reflexionando en lo duro que le sería dejar una madrina tan buena; pensaba también en lo triste de no poder hablar, pero la desgracia de ser fea le parecía la más intolerable. Sin duda alguna prefería ser muda y linda. Apenas dicho esto, convirtiósese Ilse en la más perfecta persona que se haya contemplado en el espejo de las Gracias.

La deslumbrante cabellera caía en bucles sobre los hombros blancos como la nieve, y era perfecta la línea de los brazos y del proporcionado talle. En cuanto al rostro, se diría que los ángeles mismos hubieran modelado y dado color a las dulces y delicadas facciones.

Ilse vió su imagen en el pulido cristal del espejo de su madrina y quiso expresar hasta qué punto la hacía dichosa verse tan bella, pero fué en vano, sus labios no profirieron ni una sola palabra. Tenía la garganta seca y la lengua inerte. ¡Sólo entonces comprendió la inmensidad de su desgracia!

Cuando su madre adoptiva la hubo abandonado, Ilse caminó y caminó hasta el límite de sus fuerzas y llegó por fin, sangrándole los pies y medio desfallecida, a la orilla de un bosque cuyo silencio y frescura le parecieron deliciosos después de tanto andar. Al rato, algo más repuesta, se aventuró por una avenida de real aspecto, bordeada de árboles cuyas copas, al juntarse en lo alto, formaban un arco por encima de su cabeza. Este camino conducía a un castillo, pero como Ilse se sintiera muy cansada aún, postergó hasta el día siguiente el llegar a su puerta a mendigar un pedazo de pan. Sentía gran temor de las fieras que recorren el bosque por la noche, y para escapar a este peligro se encaramó en un árbol, instalándose entre sus ramas como mejor pudo.

Esas ramas se extendían sobre un lago de límpidas aguas, en las que se reflejaban como en un espejo, cosa que Ilse recién advirtió al llegar el día.

Y a esta fuente, al primer canto del gallo, llegó una de las sirvientas del castillo en busca de agua. Se inclinó Ilse a mirarla con curiosidad, y la ingenua muchacha que viera tan hermoso rostro reflejado, no dudó que fuera el suyo.

Continuará

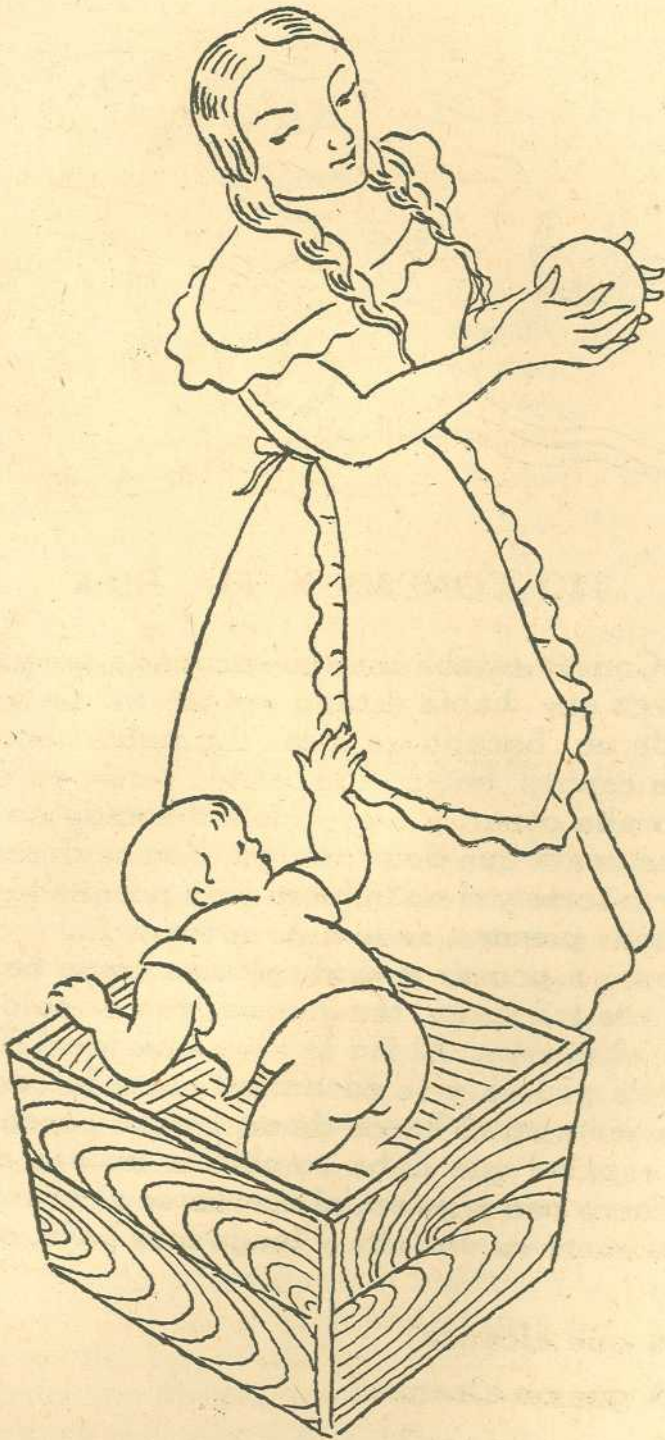
ROMANCE DE LA NIÑA
QUE PIDE

I

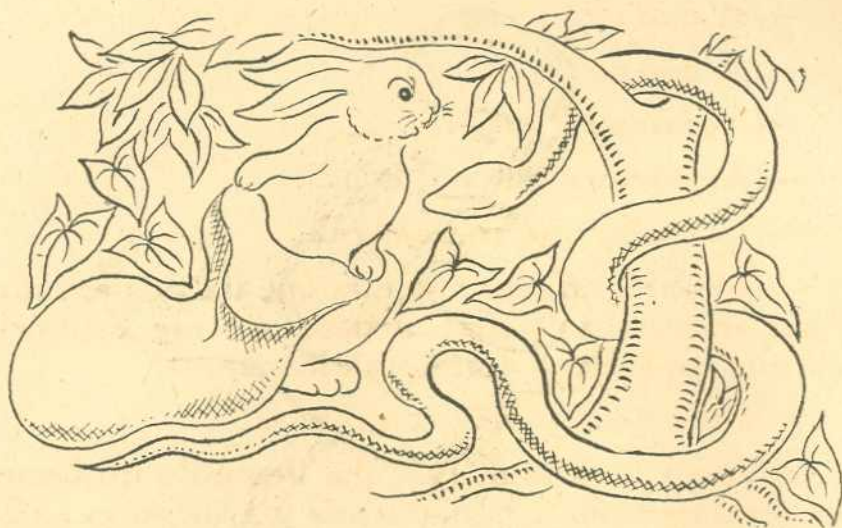
Por calles de Buenos Aires
el padre y la niña van:
—Papito, quiero bombones.
—No, niña, que te hacen mal.
—Papito, quiero duraznos.
—No, que maduros no están.
—Papito, quiero un tranvía.
—¡Si no lo puedes llevar!
—Malo, muy malo es mi padre,
y ¡qué buena es mi mamá!
—Tu padre nunca fué malo.
Pide otra cosa y verás.
—Cómprame entonces un loro,
una aguja y un dedal,
un auto como el de Pocha
y un pito como el de Juan.
—Con los loros no se juega
y los pitos suenan mal.
Pero el auto y las agujas
tu madre te las dará.
Mira esa casa y no pidas.
—¡Quiero esa casa, papá!

II

Por calles de Buenos Aires
el padre y la niña van;
la niña todo lo pide
y el padre nada le da.



La Madre y el Niño



TIO CONEJO Y TIA BOA

Tío Conejo estaba muy preocupado porque era la tercera vez que había estado en un así de que se lo echara de un bocado tía Boa. La había encontrado hecha un espiral entre el zacatito verde en donde él acostumbraba cenar, y creyéndola dormida no le hacía caso; pero acata que de pronto tía Boa se desenrollaba como por resorte y si no hubiera sido porque tío Conejo tenía buenas piernas, se lo habría tragado.

Se puso a pensar y va de pensar cómo haría para matarla; era tan larga, tan gruesa, que de solo verle le temblaba el cuerpo. Al fin le vino una idea. Tomó un saco de tela gruesa y se encaminó hacia la casa de tía Boa. Ella vivía en el hueco de un tronco carcomido de un viejo espabel que daba sombra a un ojo de agua. Como si fuera con alguien, al acercarse al árbol se puso a decir, primero en voz alta y luego más baja, diferente a la suya:

- ¿A que alcanza?
- ¿A que no alcanza?
- ¿A que alcanza?
- ¿A que no alcanza?

—¿A qué sí?

—¿A que no?

—¡Apostemos que sí!

—¡Apostemos que no!

—¡Hombre, que sí alcanza!

—Hombré, no seas maceta, que tía Boa es más larga que un camino y más gruesa que ese espabel; yo apostaría mi cabeza a que no alcanza.

—¡Pues yo digo que sí alcanza!

Al decir la última frase iba llegando tío Conejo a la casa de tía Boa, la cual dormía y a las voces se había despertado. Por fortuna estaba de buen humor, pues tenía en la panza un cariblanco que había bajado al ojo de agua; así es que estaba haciendo la digestión. Asomó la cabeza por el hueco y como viera a tío Conejo le preguntó:

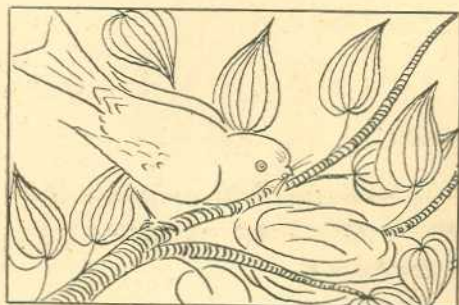
—Idiai, hombré, qué es esa algazara que traes, que me ha despertado?

Pues, señora, vaya viendo que ese porfiado de mi hermano (al mismo tiempo indicaba con el dedo detrás del árbol hacia unos matones, como si allí estuviera escondido el supuesto hermano) dice que apuesta a que usted no alcanza en este saco (mostró a la vez el saco a tía Boa) y yo le digo que apostemos a que sí alcanza.

Abre la boca al saco,—dijo tía Boa—, para acomodarme dentro, así se convencerá ese porfiado y tú ganarás la apuesta.

Tío Conejo, mientras tanto, decía para sí: “¡Ay, María Santísima, que no le den ganas a tía Boa de comerme!” Le temblaba todo el cuerpo, pero logró serenarse y abrió el saco, acomodándose en él la tía Boa perfectamente. Sin pérdida de tiempo, tomó tío Conejo una cuerda que llevaba en el bolsillo, amarró con nudo ciego la boca del saco y de un empujón la echó al río.

La Pájara Pinta y sus pichonsitos



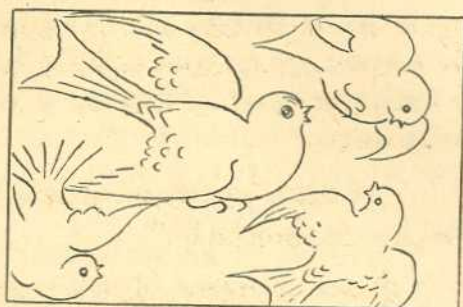
Estaba la Pájara Pinta,
estaba en su verde limón.
Con el pico cogía pajitas,
con pajitas el nido formó.



Echadita la Pájara Pinta,
echadita en su verde limón.
En el nido tenía la nidada
y le daba calor con amor.



De los huevos nacieron pichones
que la Pájara amante cuidó.
En el pico les trajo alimento
y paciente a volar los llevó.



Desde el nido salieron pichones,
los pichones ya pájaros son.
De sus picos ya salen los cantos
con que alegres le cantan a Dios.

ADIVINANZA

¿Qué será?, ¿qué será?
una cosa que aquí está,
que no es dura, que no es blanda,
y que crece pero no anda,
no se come ni se bebe,
está abierta y no se mueve;

no se compra ni se da,
se la encuentra de repente,
no es fría ni caliente,
no es opaca ni con brillo,
y el que la haya en su bolsillo
cuanto ponga perderá.

SOLUCIONES A LAS ADIVINANZAS DEL N° 9

1.—El huevo; 2.—El trigo; 3.—La oveja; 4.—El carbón.



Todos los niños de Costa Rica estamos de fiesta cuando en nuestros hogares tenemos las más ricas y deliciosas Galletas Finas "ACUÑA", ahora en su nuevo envase y en sus nuevos estilos.

ESPECIALES PARA EL DIA DE LA MADRE

Panadería Acuña, Heredia C. R., Tel. 110.

El mejor regalo para la madre, en su día, es una

Cocina Eléctrica "SEGURA"

Fábrica frente al Resguardo Fiscal, Paseo de los Estudiantes.

— TELEFONO 1317 —

Buena presentación. Calidad excelente.

Pinturas y Esmaltes en
100% Aceite de Linaza

TELEFONO
4003

APARTADO
2286



En Pinturas y Esmaltes
"la calidad está en la mezcla".

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

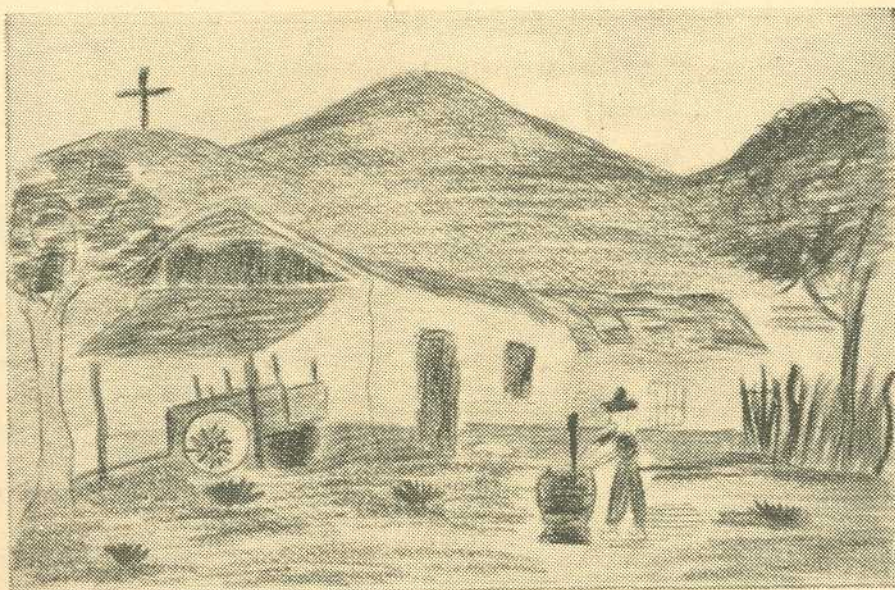
ALMACEN GAMBOA

JUGABA EL NIÑO EN EL JARDIN DE LA CASA

Jugaba el niño, en el jardín de la casa, con una copa de cristal que, en el límpido ambiente de la tarde, un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola, no muy firme, en una mano, traía en la otra un junco con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires. Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero, y la fué vertiendo en la copa hasta llenarla. Terminada esta obra, alisó, por primor, la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal, su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco. El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró como indeciso, a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa, que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas, en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriendo, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella; y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cristal, vuelta en ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgulloso de su desquite, levantó, cuan alto pudo, la flor entronizada, y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores.

José Enrique Rodó

Los niños hablan



Javier Solís, VI Grado
Esc. Rep. de Venezuela, Escazú.

MI MAMA

Es en mi casa la que se levanta primero
la que enciende el fuego,
corre y prepara el desayuno
la que nos alista y peina para ir a la escuela,
la que lava las ropas, barre y asea,
la que juega y canta con nosotros,
la que nos enseña el santo Rosario,
la que arrulla al más pequeño
y nos vigila día y noche.

Carlos Eduardo Amador
9 años.—Escuela de Guápiles.

MECIENDO

El mar sus millares de olas
mece divino.

Oyendo a los mares amantes
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece los trigos.

Oyendo a los vientos amantes
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.

Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

Gabriela Mistral.

